

SIN ENCHUFE

Pedro Granados

“[Puntualiza Don Emir, amigo fortuito de Ludwing] -¡Záfese de este ambiente!- susurró con dramatismo-. Ahora quien importa es usted. ¡Záfese! -exclamó de pie-. ¡No permita que esta se convierta en la ciudad de sus ruinas!”

Nan Chevalier, *El Viaje sin retorno desde un puerto fantasma*.

Al Santo Domingo que viene.

Juvenal Agüero trae mucha poesía desde la República Dominicana. Asistió como convidado a una penúltima FILRD, en Santo Domingo, apenas llegó –y luego de registrarse en el hotel-- tomó su colectivo y se fue derecho al parque Independencia, por la entrada de la calle El Conde. Limbo que se aprende de modo palpable y sencillo -- flores en el fango-- que no precisa de explicaciones ni mayores alambicamientos teológicos.

-“Baje con cuidado Doña, Madre, tranquila que no hay apuro”, recita el chofer de la guagua. La señora mayor, india y alta, tambaleante inicia su descenso. -“¡Con cuidado que de esos repuestos ya no vienen!”, sentencia alto e impertérrito el sudoroso cobrador.

Poesía también, con su perdón, en el arte de mamarte el huevo; lentamente, desde el sótano al piso más alto. Y que no se diga nada de sus manos y de aquellos sus morenos, finos y consertados dedos picando como peces.

Poesía también en los libros, por supuesto, pero al final de la lista. En esto la poesía culta dominicana, para qué, ha mejorado un chin. Pero un chin enorme y sustancial. Prueba de ello es que, acaso contra todo pronóstico, y aunque dedicada al Perú, hayan invitado a Juvenal a la FILRD de este año. Cuando en su propio país, por aquello de que para Agüero la crítica no es amiguismo ni oportunismo, jamás entraría en la lista de aquel sutano: un muñeco de madera, más bien alto y fofo, a través del cual mueven sus hilos otros muñecos incluso mucho más despintados que él: por manipulables y anacrónicos.

Entre los poetas más jóvenes [Luis Reynaldo Pérez (comp.), *Material inflamable (30 poetas dominicanos del siglo XXI)*: Santo Domingo, RD: Editora Nacional, 2014] el verso que más le gustó a Juvenal, en medio de toda aquella antología, fue uno de Natacha Baltle:

“Afuera, una niña lame su paleta balanceando el panorama”

Pero claro, así como una golondrina no hace un verano, el poeta mejor presentado allí

por el compilador no es Batle (1984), sino Ariadna Vásquez Germán (1977). Y le alegró mucho a Juvenal Agüero coincidir en esto con Luis Reynaldo Pérez (dicho sea de paso, ¿de dónde sale aquello de Poesía Neotestimonial en su prólogo?). Obviamente, entre los treinta antologados, junto con Natacha y Ariadna, hay por lo menos cuatro más que justifican su inclusión en aquella antología --uno desconocido para Juvenal como Johan Mijaíl Castillo (1990)-- y otros, por cierto, confirmando también su buena poesía: Homero Pumarol (1971), Néstor E. Rodríguez (1971) e Isis Aquino (1986). El primero de estos tres últimos sin adaptar todavía del todo su talento al poema de más de diez versos que, en alguna otra oportunidad, Juvenal le celebrara. En general, luce particularmente cansado aquí Pumarol, como si no diera la talla o no llegara al nivel de flotación que convoca *Material inflamable*; sin embargo, “Este poema”, lo redime: “De vez en cuando vuelvo a leer este poema./ Me gusta, es corto y fácil de olvidar./ No tiene asunto, anda rápido, no tiene tiempo./ Uno llega al final buscando otra cosa”. Por su parte, Néstor E. Rodríguez e Isis Aquino, militantes en poéticas antípodas una de la otra (como decir Jorge Guillén versus Charles Bukowski), le otorgan una cumplida y necesaria variedad temático-estilística a esta muestra. Sin embargo, le extraña mucho a Juvenal --tanto como celebra la inclusión y la gravitación de Ariadna Vásquez Germán en la actual poesía de la media isla-- no encontrar aquí al líder o ex-líder de los “Erranticistas”, Glaem Parls. Este último, en el perfil de otro poeta dominicano anterior y considerado, prejuiciosamente, “no letrado” (Carlos Rodríguez) --y ahora de modo oportunista enaltecido por doquier--. Agüero considera, otra vez, que Glaem Parls es todo un hito en la poesía dominicana reciente; aquél de “Generación de los 80: “¡Una historia para principiantes de vuelo!/ 5555555555/ 555555/ 555/ 5rriente”. Súbanse pronto a esta ola que luego será ridículo o, por lo menos, otra vez resultará escandalosamente extemporáneo.

De tanto quejarnos del aislamiento de la literatura dominicana en el Universo no se sabe quién envió a Juvenal Agüero, el poeta peruano, a Santo Domingo, por allá por los años 90 del siglo pasado. Agüero se encandiló con la poesía y con la gente dominicana y se jodió para siempre, que está preso por la guardiemón.

No nos queda sino asentir --con un amén-- estas palabras de Vladimiro Moquete, director de la siempre interesante --y hoy por hoy también en formato digital-- tan dominicana revista *Vetas*. Efectivamente, hacia aquellos años, mediados de los 90, y viniendo desde los Estados Unidos donde era un doctorando en literatura, Juvenal rompió el huevo que --desde la cabina climatizada del avión-- significaba zambullirse en la temperatura y la arrechura sin límites del aire de Santo Domingo. Nadie lo había preparado para aquello; ni siquiera la gente dominicana que había conocido en Providence, Rhode Island, donde andaba becado y se ubicaba su, más bien, muy respingada universidad. Así como no existen católicos en los Estados Unidos porque todos derivan --sobre todo los más entusiastas-- en transformarse en doblemente puritanos o protestantes. Lo mismo ocurre con los latinos, incluso con los de las Antillas (que es decir bastante). Por sobrevivencia la mayoría se acomoda al nuevo medio; a su modo se aburguesan o guardan ahora su distancia --celosos de su espacio propio--; aunque esto último no implique el menoscabo de sus bachatas de los fines de semana ni, mucho menos, de sus opíparas e interminables comidas de todos los días: carnes de todo tipo, sabrosamente sazonadas, acompañadas por varias libras de arroz. Pero de lo que los dominicanos sí adolecen un tanto, o ven mermadas sus cuotas en los Estados Unidos, es de sus célebres encamadas y por un quítame estas pajas. “El Monstruo Verde”, “Los Cocos”, “La Playita”, figuran entre los --entre antiguos y más recientes-- innumerables hotelitos para zingar al paso en el centro de Santo Domingo... para no hablar de la Zona Colonial; lugares, digamos, a la mano, no cabañas o mecas distantes. Andar hoy mismo por las calles populosas de la capital de la República Dominicana, aunque de un modo un tanto disminuido para el nativo (así me lo comunicaron los amigos la última vez que estuve por allí; cosas de que las nativas prefieren cada vez más al foráneo), es como tener que hacer de pulpo y, honrando esta metamorfosis, consecuentemente al palo. Máximo sí, añadidas a las propias, en estos últimos años se suman las haitianas --o bellezas dominico-haitianas-- ubicuas y como siempre maravillosas.

Nueva visita a El Conde, 2016

Los cueros han envejecido, como el aspecto más visible de nosotros también. Como cierta alegría y cierta espontaneidad, acaso ya para siempre. El Conde es cada vez más un burdel donde los otros negocios funcionan de escaparate, vestíbulo o toque de color distinto de lo mismo. Aunque con certeza, sus calles adyacentes han sufrido mucho menos y varias de ellas conservan la antigüedad, discreción y encanto –y la excelente sazón en su comida– de aquella entrañable Zona Colonial. Los mendigos son los mismos; junto a otros nuevos, por ejemplo, los venezolanos que vienen presurosos en botes porque su barco ha encallado. El Conde, junto con volverse mucho más caro, también se ha modernizado un tantico; en realidad, esto último, como toda la República Dominicana en lo que toca sobre todo a sus obras de infraestructura vial y centros comerciales. Aunque mucho menos en lo que toca al talante de su cultura letrada ni de su poesía culta.

Viajar a la República Dominicana, para ir al grano, a la sección de poesía criolla en la librería Cuesta es una experiencia de auténtica ciencia ficción; es decir, comprobar que se puede viajar en el tiempo y salir indemne de esta riesgosa experiencia. Poesía tan periclitada, obvio, es reflejo de una institución literaria toda ella absolutamente complacida en aquellos suspiros, discursos de ocasión y grandilocuentes nerudismos que se multiplican hasta el hartazgo. Salvo, también obviamente, algunas muy pocas excepciones. Eso sí, de ninguna manera entre éstas, la institución que por sí misma o más bien por sinécdoque de la otra más grande representa una “poesía” como la de José Mármol. El cual ha sentado sus reales –y ha sabido sentar a todos sus potenciales opositores que hoy en día incluso le dedican libros de “exégesis” a su obra–; ha ganado un Premio Nacional de Literatura; ha hecho migas con agentes semejantes de este atraso en el mundo hispánico (tipo Luis García Montero). Y todo ello únicamente con un solo libro –sea de ensayo, entrevista o poesía–, en última instancia, aquél de su inalterable sonrisa.

Pero hemos facilitado (de facilitador, vaya palabrita) un taller de poesía en la media isla --esto constituye incluso un gesto más democrático, y loable, que el otorgarle este año el “Premio Pedro Henríquez Ureña” a Mario Vargas Llosa-- y sabemos que la

institución literaria vigente tiene sus días contados. Fueron alrededor de sesenta los participantes, algunos de ellos con libros publicados, ante los cuales movimos el cobre de lo que en poesía –tanto versos como conceptos, práctica y teoría– traían al taller y nos alcanzó tiempo para deconstruir aquel aguachirle, nombre postizo y afectada impostación. En suma, toda aquella sistemática y afectada sensibilidad; y todo ese saber –además apenas a medias libresco– de espaldas a la realidad y a la gente: Todo aquel encumbrado colonialismo. La tarea será dura. El ninguneo, inevitable. La soledad, una amiga que nos traerá a manos llenas poesía. Ser famoso o ganar premios y ser poeta es acaso lo más antitético del mundo en estos días. Pero al menos nos queda asaltar, sino el cielo, sí la majadera institución literaria que produce vates tanto como smoke; contaminantes ambos, pero ambos también susceptibles de desaparecer --más bien pronto que tarde-- por la adopción de una gasolina mejor.

Queridísimo:

Me leí tu libro [*Breve teatro para leer: Poesía dominicana reciente*]. Agudo, diferente, apasionado. Insisto en que debe publicarse [en la República Dominicana]...

Un gran abrazo, amigo cevichero...

Siempre siempre

Querida amiga:

Me has captado. Parte esencial de mi amor a la Española es la crítica. Milito, desde que era un muchacho y me enamoré por primera vez, en el encuentro cultural de lo andino y lo caribeño (incluido el Brasil). Mi ejercicio crítico, aunque casi invisible, no es indiferente al poder institucional a nivel regional (el Perú a la cabeza). Recuerdo que cuando destrocé una antología infrarrealista desde Lima, que salió con los mejores auspicios y de lo más contenta de sí misma en el DF, un escribiente mexicano dijo por ahí que “Granados, otra vez jodiendo desde su ratonera” (mi blog). Y es que a una ratonera o a la posteridad estamos confinados los que ejercemos la poesía y la crítica de modo gratuito; es decir, y en primer lugar, agradecidos íntimamente de su propia epifanía y recurrencia. Incondicionales. Por lo tanto, ejerciendo una práctica por la cual no se cobra; ni se ahoga por un cupo académico ni poder mediático. Obvio, sin soslayar asimismo que este tipo de postura creativa y crítica tenga –a fin de cuentas y a pesar de su opacidad o apariencia inocua– un peso político extraordinario. Esto lo saben muy bien aquellos que dirigen las instituciones culturales –los cuales son los pocos que piensan y se ciñen a una agenda política predeterminada, los demás son funcionarios que repiten y aplican– y por este motivo, y por lo general, Juvenal les jode. Ojalá la poesía se nos siga presentando, hasta el final, como un regalo. Gratuitamente.

Nosotros los latinoamericanos no tenemos la historia ni el nivel de corrupción del canónico occidente. Nacimos después y somos aprendices. La poesía siempre ha convivido con la corrupción. Es imposible se ligen el ansia del poder y la manipulación social con la poesía. Aunque tengamos excepciones, por cierto, Neruda y Octavio Paz (por ejemplo); aunque el psicosocial que constituyeron (¿qué aún constituyen?) no fuera monitoreado por ellos mismos. La poesía está que se muere, la pobrecita; pero no muere, ni jamás morirá. No depende de nosotros matarla, depende de la poesía. Pero prepárese el que quiere seguirla, a ser destruido; no sólo por ella, por su torpeza al amarnos: sus rodillas y codos de adolescente. Sino también por la sociedad, por cualquiera de ellas, y sus instituciones. Nadie quiere pasar por tonto ocupado. Nadie desea admitir que debió dedicarse a aquello que rechazó un día. Un día en que la poesía le puso un cabe de puro traviesa; un cabe para detenernos a pensar; un cabe con su respectiva almohadilla. Pero nos vamos muriendo. Ya se murió Vallejo, el del tercer ojo. Ya se murió César Moro, el que sabía amar. Ya se murió Martín Adán, el niño autista de tirantes y saco malolientes. Ya se murió Luchito, el de la vox horrisona. Son la únicas muertes que cuentan en la poesía peruana (por ejemplo). No existe ninguna otra, hasta ahora. Hasta que se muera Pedro Granados. Y los miles de hijos de puta, que son tres gatos en la poesía, se percaten; ha, recuerden; ok, acaso añadan a la lista. Pero nunca admitan que estuvieron más coordinada y sistemáticamente ciegos que la puta madre.

Las madres de Pedro Henríquez Ureña

Como sabemos, Pedro Henríquez Ureña (PHU), tuvo al menos dos madres: la propiamente suya y muy amada, biológica, Salomé Ureña –de quien quedó huérfano a los 13 años–; y la de crianza o aquella “la soñadora, la constante, sacerdotisa del ensueño” (“Íntima”)*, su tía Ramona Ureña. A las dos van dedicados sendos poemas y también algún otro a Salomé: “Tristezas (A la memoria de mis muertas)”*; escrito en 1897, estando el sabio dominicano todavía muy joven, y dentro del estilo dariano-dannunziano que, en general, caracteriza toda su poesía. Sin embargo, es el PHU adulto el que va a encontrar su expresión más intensa, mejor y más honda, cuando dedique a Ramona Ureña su poema “Íntima” (New York, 1904); tanto como ya, a los 31 años de su edad, haga lo propio con el poema “El niño (Idea de Rabindranath Tagore)” dedicado a su madre biológica. “El niño”, poema dramático en la senda del *Ismaelillo*, de su también muy admirado José Martí; es decir, composición capsiosa, heredada del Barroco, plena de paralelismos conceptuales. Entre estos últimos, el que el poema no es nostálgico y ni siquiera se halla restringido a su “madre” (aunque éste sea el vocativo expreso: “-¿De dónde vine, madre?”); sino que, asimismo, incumbe la naturaleza e identidad del propio sujeto poético. Es decir, “El niño” es ante todo una conquista, no sólo afectiva, sino además epistemológica o de lucidez; en una palabra, y ya en el contexto del diálogo entre “madre e hijo” en el poema, una ocasión de auto-descubrimiento o anagnórisis:

¡Oh misterioso encanto!
¡Prodigio del amor
tener entre mis brazos
el tesoro mejor!

Y, no menos, de sutil asunción de la maternidad por parte del propio sujeto poético; de una compasión y ternura universales y militantes (Miguel de Unamuno, César Vallejo, el mismo Tagore).

[Soy un tipo de cuidado]

Soy un tipo de cuidado

En principio

No le temo a nada

Ni a ninguno

Y hasta ahora y con un tantico de suerte

He podido escapar

Huir de la mediocridad ambiente

Del arribismo apestoso

Del compadraje obsceno

Así que cuídense conmigo

O, mejor dicho,

Con la poesía que me habita

Con mi madre que me habita

Con su decidida y como ilimitada

Delicadeza

PREGUNTAS SOBRE POESÍA DOMINICANA RECIENTE

1. ¿Por qué, tratándose de un estudio sobre poesía, aquello de “Breve teatro para leer”?
2. Comente lo de Néstor E. Rodríguez en *La patria portátil*, acerca del concepto de dominicanidad: “La producción cultural de la diáspora ofrece una salida audaz al sempiterno debate sobre la dominicanidad al abrir las puertas a la posibilidad de un comienzo sin antecedentes a la hora de teorizar lo dominicano, un comienzo en el cual la geografía deja de ser la marca definitoria de la nacionalidad”. Y aplique su reflexión, si es viable, a algún otro contexto latinoamericano.
3. Sintetizar lo específico que corresponde a la “poesía del pensar”, a los “muchachos de Gazcue para el mundo” y, finalmente, a los “errancticistas” respecto a la República Dominicana en el marco de la globalización. Ilustre con versos de los poetas.
4. ¿Cómo anda la reflexión (crítica o teoría literaria) sobre poesía entre los escritores de la media isla?
5. Comente estos versos de “Antillas”, de Manuel García-Cartagena:

Antillas!

a los cuatro vientos, a los siete caminos,

a las treinta y seis ocasiones de amar la vida,

y ponte a amar esta encervezada, enrevesada,

embelesada

vida de las islas, donde errar es lo correcto.

6. ¿Cuál es el motivo principal que ventila este poema de Pastor de Moya?

CARNAVAL

trajimos el pasado con el alba
nos intercambiamos los rostros en el vacío
comimos pan de otro tiempo
aterradora melancolía
al iniciar la fiesta
desnuda la memoria hace alarde
de la lozanía de sus piernas
todo es real si la fantasía existe
ese hombre que soporta el peso de sus días
se mira hacia adentro
y se le queda pegada la mirada en el olvido
esa es la presencia del ser en la
razón
de parecernos a los colores
cuando nos disfrazamos de nosotros mismos

Ñ/ Isis Aquino

Deja ya de definirte

a ti y a lo que haces

piensa

Que esta ciudad estuvo aquí antes que tú

Y será siempre

Y fue un monstruo que devoró lomas y cañadas

Y riachuelos antes de estar tan triste

Deja de definirte

solo piensa que eres otro

otro más que come y lee letreros

otro igual y distinto,

porque el otro siempre es alguien que no eres

¡El mundo no gira en torno a los poetas!

(eso ya lo sabemos)

Piensa que el universo es vasto

y tus átomos son muchos

y no sabes la mitad de lo que pasa en lo que cambia el semáforo

o acaba una canción

...que eres una cosa con neuronas y lecturas

Vallejo, Proust y Artaud

no se sientan a una mesa en el infierno

para hablar de ti y tus vulgares tragedias

No gastes más papel recordando a nadie

La gloria son tres líneas en un libro de texto de bachillerato

Y no cabemos todos

Piensa.

¿Quién soy yo o eres tú

para que le pongan tu biografía de tarea a los muchachos?

Lo que hay es ser feliz a toda costa

reescribir los diccionarios del olvido

porque no todos los viernes son de fiesta

y no todos los lugares comunes

son malos lugares.

Ángela Hernández, Premio Nacional de Literatura 2016

“No existe nada más puro/ que la sed del paisaje sobre el ojo”

(“Paisaje del Tetero”)

Corría el año 2002 cuando escribimos lo que sería nuestro primer ensayo –luego vendrían algunos otros, hasta nuestro *Breve teatro para leer: Poesía dominicana reciente* (2014)– dedicado a la poesía de la media isla y, en particular, a la poesía de Ángela Hernández. De ella nos llamaron poderosamente la atención los siguientes versos

“Lo que tengo es el vivo de los barrios

La culebrilla feliz de los mercados

miseros. Boca del alma rota por el vino. El tempranero

empeño de quien trueca la eternidad por alimentos”

(“Lo que tengo es un pulmón cerrado como piedra”).

Y precisábamos que esto era así porque aquí Hernández se salía de un formato muy extendido entre los escritores, y muy en particular escritoras, de aquella época; de aquel muy mal denominado lenguaje del cuerpo:

“golosina de nuestra pequeña burguesía intelectual latinoamericana. Y ella escapa del formato gracias, sobre todo, a sus lecturas (o al estudio) del Siglo de Oro español, particularmente del Barroco. Ahora, la tentación de Hernández es la elocuencia, el gran formato y el versículo, para la que no está preparada; su mejor factura está en el cuadro de escenas íntimas en formato pequeño; cuando habla bajito, no pretenciosamente, se deja escuchar mucho mejor”

Pues, ahora mismo estamos con un ejemplar del logrado *Onirias. Poesía e imagen* (2012) y nos complace –haya o no leído Hernández nuestra crítica– que no andábamos descaminados y la presente propuesta de la autora, nacida en la más bien – para los estándares de calor en la República Dominicana– fría Jarabacoa (1954), está a la altura de cualquier merecido reconocimiento literario a nivel de nuestra región e

incluso de la lengua. *Onirias*, aparte de perfilarla como una “exquisita artista del lente” (José Alcántara Almánzar), constituye una lograda y muy sugestiva compilación de su poesía hasta la fecha. O, si no, acaso de toda su poesía escrita porque últimamente no ha vuelto a publicar un poemario nuevo y sí, más bien, varias muy sonadas novelas.

Sin embargo, una vez leídos de modo minucioso y con fervor su presente antología, reparamos y recaemos de nuevo en aquellos densos, contenidos y poderosos versos de “Lo que tengo es un pulmón cerrado como piedra”. Y en una coda, entre algunos otros versos, de este último cometa: “Uñas parpadean al turista/ ... / El mercado envivece/ Corrompe. Ampara. Desgasta. Reproduce/ Una bestia antigua merodea su lumbre incólume” (“Mercado Modelo”); “Es posible escapar a la convención y a la moda/ Más que andar por el mundo/ probar que nos habita” (Alma secreta”); “Yo les escribo a los sepultados por la belleza” (“Flama encerada”). Poesía clásica, insuflada por la escritura automática y en específico por cierto surrealismo; poesía didáctica ventilada con no menos travesura e incluso oportuno y reparador sentido del humor. Heterogeneidad, en suma, que cristaliza mejor en los poemas más especulativos y de corte, digamos, “de escarnio y deshora” que en los textos propia o declarativamente eróticos. El sujeto poético de Hernández es demasiado equilibrado para acometer locuras de este tenor; en esto último luce más verosímil una poeta contemporánea y compatriota suya como es Soledad Álvarez. Aunque ambas exploren el tema social y político con semejante inspiración y categoría. Es muy probable que el país que vale la pena soñar, de un Pedro Mir, haya migrado al corazón y a la inteligencia de las poetas dominicanas, no al de los hombres, y allí haya hecho su nido. Nido o marmita o volcán más bien –pleno de lucidez y sensibilidad– para hacer de la poesía algo finalmente no solo encantador –aunque la crítica tradicional y, en particular, dominicana se complazca en el hechizo– sino también desnudo y cierto.

Los peruanos y la Española

Lo que puede fascinar a un peruano de la República Dominicana es el palpar todavía el “descubrimiento” y, en particular, el inicio de la cultura trasatlántica en español que se inició por aquí y subió hasta los Andes, no menos que a ambos océanos y bajó hasta la Amazonía. Cultura híbrida o si se prefiere heterogénea; crisol, como el lema de una buena película peruana reciente, que “seguimos siendo”. Pero lo que a un peruano puede atraer de Haití, es el inicio mismo de todo; es decir, del homo sapiens que –antes que español o francés o boliviano o brasileño– por principio cada uno de nosotros constituiríamos. Haití, nada menos ni nada más que la cabeza de playa del África en América. Por lo tanto, si el respeto guarda al respeto, antigüedad u origen se honran. Tal cual efectivamente sucede con la inagotable creatividad en la música y la belleza de las gentes en ambos países.

Ignoro si en esto pensaba Mario Vargas Llosa cuando –usando un epíteto todavía vivo– motejó de fascista al gobierno dominicano por no reconocer y quitar la nacionalidad a todos los descendientes de haitianos nacidos en su territorio desde 1929. Ignoro si él lo pensara, pero es el caso que sí lo hacemos nosotros. Y una vez que, hace poco, hemos visitado ambos países, nos reafirmamos en estos conceptos. En realidad, que se haga efectivo el “Premio Pedro Henríquez Ureña” al autor de *Los cachorros*, o que el gobierno dominicano ponga marcha atrás y lo declare improcedente, no es el foco de este breve texto. Lo es, sí, el derecho a percibir y sentirnos más antiguos y en concordia con nuestra propia humanidad; negra o prieta, sin duda, como el carbón. Y que, tal cual, se enciende, se esparce, aglutina y se torna promesa de sobrevivencia en cuanto hemos asistido, incluso tan sólo como espectadores, al reciente “Kanaval” en Puerto Príncipe. El resto es política, ambición o acomodo. Es decir, qué tanto revelamos en nuestros discursos –los de MVLL o los del gobierno dominicano– aquello que no podemos hacer claro y distinto a los demás: nuestros reales intereses –económicos y de poder– actuando, para variar, como auténticos fuelles de Vulcano.

HAITÍ

Para los jóvenes poetas haitianos

I

Haití avisa

Desde muchos años antes

Aquí

En el Monte Calvario

De unos pocos

Y los millones de indigentes

De abajo

Que van a dar a la mar

En un delta silencioso

Y sosegado

No conozco Haití

Nadie lo conoce

Hasta que te das de bruces con él

O despeñas aquella pequeña piedra

Del camino

Y observas

Dentro del cuenco que queda

Y como minúsculas y apretadas

Las coordenadas de tu propia existencia

II

Nunca has partido de Haití
No llegas todavía
Pero eso sí
Tienes como algunos datos sueltos
Un contra Dorado
Una Jauja a la inversa
Algún otro Perú
Pero más cierto
Que todo el brillo del oro
Basta con respirar cerca a su cuerpo
Basta con aproximarte
Y a través del aire denso
Presentirlo con el tacto
Entre el cielo indiferente
O como en otra parte
Atareado en flotar sobre Haití
En confiar en su levedad
Para evitarlo
Haití permanece fijo en tus oídos
Como un disparo remoto

III

Venga la muerte y venga la vida
Ambas bienvenidas sean

Porque vienen oscuras y juntas
En Haití
Y no menos sigilosas
Y además a borbotones
Borbotones de quien sospecha
Y aguarda
Del que otea en el aire
Contiene la respiración
Y se está quieto sobre sus pies
Porque ya viene el disparo
Y con esto la dicha
Y también el dolor
La leche con la miel
Y no menos un licor fuerte
Y con mucha paciencia macerado
El oro que echa raíces
En el fango.

La poesía de Enriquillo Sánchez: “puñal y maicena”

La poesía del dominicano Enriquillo Sánchez (1947-2004), también cultivó el cuento, el ensayo y la novela, va –según *Bojear. Poesía reunida* (Sto. Domingo, R.D.: Ediciones Ferilibro, 2012)– de 1976 a 1989. Es decir, empezó a publicar poesía casi entrados los treinta años y dejó de hacerlo apenas superados los cuarenta. Es más, podríamos decir que su producción literaria en este rubro casi se circunscribe al año 1985 donde escribió la mayoría de entre sus ocho poemarios; varios de estos premiados local e internacionalmente (Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío, en la Nicaragua sandinista, con *Sheriff ©on ice cream soda*, 1985). Sin embargo, y un tanto al modo de sus inmediatos predecesores: Antonio Cisneros o incluso el mismo Roque Dalton, no fue en estricto un escritor realista o inequívocamente “comprometido”. Más bien, constantemente hurgó en su fuero interno sin dejar de trajinar la calle; no desdeñó el humor; y, acaso su mejor herencia, atinó a pensar con inusitada intensidad ilustrando con ello lo que Ezra Pound sostenía que era la poesía: “cargar al lenguaje con sentido al grado máximo”.

En cuanto a este último tenor, algunas de sus sentencias o epigramas o incluso greguerías –logopoeia, en suma– entramadas en el tejido mayor de sus poemas, podríamos ilustrarlo del modo siguiente:

IX

Regresar.

Regresar desde la brevedad de la pureza.

Anocheció, obviamente:

las avenidas (Quintopatio, quizá, en algún anuario

inescrupuloso), el jengibre, los anuncios lumínicos,

los automóviles, los incendios,

sea: es un instinto la retórica

(y su urgente urbanidad).

Despedirse

(hasta otros grafitos musicales).

Saquear, entonces, todas las instituciones.

(La habías instituido,

ligera, en el espejo).

Aproximarse a la memoria,

manuables los sabuesos.

Atravesar la noche.

Leer pastores: pastorear el alba con sus dientes.

La primera persona es un hurto.

Pero las fieras tienen derecho a la palabra.

Uno de los hombres que soy

no sabe que soy temporal.

Baruch de Spinoza, yo también apuesto:

Sentimos y experimentamos que somos eternos.

Poema IX, perteneciente a “La nemorosa presencia de Salicio” que, asimismo, funge de telón de *Bojear* (‘bojar, costear, navegar, rodear, circunvalar’). Sin embargo, título el de esta poesía reunida, que también puede juntar opuestos y actuar cual un oxímoron, al modo en que lo ensaya César Vallejo, de boca (voz) y página (hojear); y, acaso no menos, de golpes al “hipócrita lector” (‘bokear’) tanto como su simultáneo y reparador “hechizo” (‘ojear’ o ‘mal de ojo’). Hechizo, por cierto, vía la elocuencia, el lenguaje y la técnica impecables de los versos de Enriquillo Sánchez; factura que no iguala ni mejora, por cierto, ninguno de sus contemporáneos en la República Dominicana. Poema IX, a modo de representación de toda esta poesía, que echa mano de lo que se cocinaba

en la época: Huidobro, Borges, Vallejo, Neruda, la poesía española contemporánea y de antaño, la música y el habla populares de su pago natal, las pegajosas imágenes de los comics y los *mass media*. Es decir, cocina que integra estos distintos materiales, creativamente, y guisa muy sabroso.

Eso sí, la vena popular que honra permanentemente la poesía de Sánchez lo salva de ser, a pesar de los premios por esa guisa recibidos, un buen discípulo nerudiano. Podríamos decir que nuestro poeta tanto más acierta cuanto discurre en los poemas en vez de cantar; expía en vez de denunciar; conecta contrarios (propone antítesis u oximorones: “puñal y maicena”) en vez de enumerar –de modo caótico o no– en la senda del *Canto General*:

“fi bá gallo

dímele a tu mami que me mande un chin de tenteallá”

Invencción verbal, al modo más bien huidobriano, ligada al habla de la calle que le otorga una saludable cuota de opacidad a su escritura y una todavía más saludable sangre ligera:

“los hunos y los otros

usted le mete al cabo en la mirada

el tiritito la gracia la corneta

el miedo es libre

será donde nazca la música

chorreaba ella

la discípula

material de ombligo y calamar

nos baña el ojo”

La poesía de Enriquillo Sánchez, a pesar de cierto –voluntario o no– activo y concertado soslayamiento local, goza de plena salud y autoridad entre la que cultivan ahora mismo sus pares dominicanos; y, obvio, entre la que ejercitaron los denominados poetas del

“pensar” (canónica postura ochentista en la media isla). Sánchez, publicando poesía en la misma época, no se evadió en el pensamiento o, mejor dicho, en ciertas lecturas tipo Pedro Salinas o un adaptado Juan Ramón Jiménez. Su potencia inventiva, su sentido de la realidad, su demostración de agudeza vía el humor –inexistente entre aquellos que “pensaban”– son superiores a los de toda su generación y brindan cabal prueba de su arte. Por lo tanto, Enriquillo Sánchez es todavía –y en varios sentidos– un autor por descubrir.

**Haití-República Dominicana: ¡Basta ya de demagogias!/
Armando Almánzar-Botello**

Algunos descerebrados repetidores de lo dicho por otros, prácticamente preparan al pueblo dominicano para una confrontación civil a gran escala con el pueblo haitiano, sin detenerse a medir las consecuencias de su efervescencia patrioter y pueril. Una guerra entre ambas naciones no convendría a nadie. Ese tipo de propaganda es el efecto del resentimiento y de un mero impulso irracional de venganza que prestaría un muy flaco servicio a los intereses populares de ambas naciones. Esta campaña bélica prepara indirectamente el terreno para una segura intervención militar norteamericana en la Isla, con las consecuencias que todos conocemos: más control foráneo de nuestro territorio y más saqueos imperiales de nuestros recursos....

Es preciso recordar que Juan Bosch nunca creyó en el antitrujillismo “nacionalista” y “patriótico” de aquellos oportunistas “caballeros” dominicanos que, muerto Trujillo, se repartieron el Botín hablando en inglés, en italiano, en francés.... o en español “castizo”... pero siempre de espaldas al pueblo.

Sigo creyendo que la mejor forma de plantear y abordar en la presente coyuntura las diferencias entre Haití y República Dominicana, la constituye el diálogo profundo y sostenido entre actores políticos efectiva y realmente representativos de los genuinos intereses mayoritarios de ambas naciones. ¡Basta ya de demagogias!

[Nunca está uno preparado para un bolero]

*

Nunca está uno preparado para un bolero. Ni dos. Ni una multitud siquiera. Lluve afuera. La noche es una desconocida. Unas nalgas magníficas y oscuras recortadas en dirección a un cuarto pequeño. Sus labios, globos de carnaval, sus pechos diminutos que no coinciden con aquel culo de bombera... de apaga fuegos y roba corazones. Que me he encontrado de puro lechero. Que ya desnudo he tratado como si fuera un sueño. Y hacia quien no he regresado para no despertar. Se llamaba Raquel, de la escuela de samba "Unidos da Tijuca". Y como ella también yo tengo otro nombre. Soy Miguel, el ángel. Soy de Malambo. Soy mi hermano Germán que se enamoró de la puta de todos. De la que posee los ojos que desde mucho tiempo antes ya en secreto conocemos. De la que gime como si estuviera sola; sola y boca abajo ante el borde del mundo.

**

Tú me haces volar. Y comprobar, como hace la lengua de cualquier animal, lo mucho que te amo. Apretados contra un muro. Contra la historia que lentamente nos come, que nos comerá sin apenas despeinarse. A ver, en orden. Todo el cromatismo del amor que he conocido. Y entre todos ellos uno. El que menos amo. El que todos los días me hace aprender a amar. El que voluntariamente me encuentro amando. Como la tierra o el pavimento sobre el cual duerme cualquier animal.

Soy de Foz por ahora. Del granizo que nos hace percibir muy cerca al invisible sur. Que nos obliga a leer al granizo de modo distinto y, a la vez, igual al que tampoco nos cae en los andes porque siempre lo evitamos. Cojudos no somos. Más bien hartamente cuerdos y despiertos y políticos y risibles como todo el mundo. Con políticas a mí. Con el amor a mí. Con todo lo conocido a mí. Aparto mi brazo de mi cuerpo y encuentro tu brazo. Un girasol de mi tamaño y sonrío. Hablo a ese girasol como un animal. Porque está allí. Si no estuviera allí no le miraría ni le hablaría. Y porque ese girasol da buena sombra me acuesto en su regazo.

La poesía de Juvenal Agüero es el hilo de habla que emerge de una herida en el cuerpo del lenguaje español. Habla que es hilo de vida, huella de sangre, texto de la voz que borbotea con asombro y convicción.

Estos poemas, por lo mismo, palpitan en cada sílaba, con sobriedad y desnudez, o con la dignidad que hay en la desnudez que recibe la palabra viva del poema como una rama de fuego arrancada de la voz.

Esa palabra en carne propia reverbera en la intimidad de una conversación en la que la confesión y la súplica, la oración y la convocatoria, se suman, con ardor y sed, para que el poema sea una historia de vida, una breve memoria de la muerte viva.

De allí la demanda que nos impone el poeta. Es una demanda de pasión vital y ardor verbal. Aun cuando el lenguaje sólo puede dar cuenta de la fragilidad y fugacidad del tiempo presente, el poema demora ese ardimiento, ese brío del habla en el coloquio.

Como si la poesía fuese capaz de concedernos todavía verdad y piedad.

Julio Ortega